

ciológica de Henry George. En el siglo pasado ha dado dos poetas de una originalidad y vuelo que se han impuesto al Universo: Poe y Whitman. Sus humoristas han contagiado a todas las literaturas de la tierra, a punto de hacer pesado en más de un autor «gai» francés el tradicional y ligero espíritu de la risa gala. Novelistas como Bellamy han logrado fama en un momento. Sus diarios son los colosos del diarismo mundial, y sus «magazines» son insuperables. En arte tienen un movimiento enorme que comienza a conocer el mundo; y la pintura saluda a Whistler como la escultura a St. Gaudens, entre los grandes maestros. Su ciencia ha conseguido varias victorias. Su teatro ha invadido plenamente a Inglaterra. Su sociedad se ha ennoblecido por alianzas, gracias a su riqueza. Yanquis son la virreina de la India, lady Curzon, como la duquesa de Marlborough, y como muchas tituladas de todas las cortes de Europa. En el mundo del sport son reyes los yanquis. Y el *Trust* tiene carta de ciudadanía americana. Son los directores actuales de la Fuerza en la Humanidad.



II

LA vieja cuestión del canal interoceánico se renueva de tiempo en tiempo. En estos momentos, se agita en los Estados Unidos y tiene naturalmente gran repercusión en Francia. ¿Se realizará el canal por fin? ¿Cuál de los canales? ¿El de Nicaragua? ¿El de Panamá? ¿Los dos? Colombia, Nicaragua, Costa Rica están a la espera de las resoluciones definitivas. El proyecto de Nicaragua parece ganar terreno; el cadáver de Panamá se diría conmovido eléctricamente como la rana de Galvani. M. Buno-Barilla lanzó aquí hace algunos meses un llamamiento a los panamistas, en el buen sentido de la palabra, para interesarlos en favor de una empresa que podría resarcir las antiguas pérdidas; nadie hizo caso. M. Hutin hizo un viaje a los Estados Unidos para tratar de ofrecer al yanqui los restos de Panamá, a

un buen precio. Las influencias y los ofrecimientos usuales en los medios políticos americanos, no han escaseado. Nada se ha resuelto todavía. Entretanto, los norteamericanos se posesionan poco a poco de Nicaragua, en donde el gobierno ha comenzado por hacer concesiones que han sido aminoradas por declaración del presidente Zelaya, pero que, por parte de los Estados Unidos, han sido mantenidas, según las primeras versiones que la Prensa hizo conocer; es decir, cesiones territoriales a un lado y otro del futuro canal, con derecho de establecer guarniciones militares y tribunales de justicia. No se podrá alegar, pues, en tal caso, la «soberanía» de la república centroamericana, aunque hay que confiar en el reconocido patriotismo y tacto político del general Zelaya.

El señor Crisanto Medina, antiguo ministro de varias repúblicas de Centro América en Europa, persona de consejo y habilidad, que conoce perfectamente la cuestión del canal, como que ha sido actor en muchos preliminares de ella, ha sido recientemente a Nicaragua, y no es de dudar que sus indicaciones hayan sido escuchadas en el gobierno. Ha escrito con oportunidad una interesante historia del canal interoceánico, que reviste la mayor actualidad. No es el señor Medina de los dudosos, él cree probable que llegará, tarde o temprano, la necesidad, para el comercio del mundo, de los dos canales, el de Panamá y el de Nicaragua. Por de pronto, y por más que se asegure que los entusiasmos norteamericanos por el istmo nicaragüense son aparentes y tan sólo manifestados para encontrar más fáciles las

ofertas del Panamá, abandonado por la mano francesa, parece extraordinario que se pueda suponer interés en continuar la ruta fracasada de Lesseps. Me ha tocado visitar en compañía de ingenieros desolados ante el espectáculo ciertamente conmovedor, aquel inmenso cementerio de construcciones, aquel colosal osario de máquinas, entre las ruinas, en el lugar fatídico en que la imprudencia por un lado y el delito por otro, enterraron un sinnúmero de vidas y un sinnúmero de ahorros de pobres gentes... Proseguir, animar de nuevo las viejas dragas llenas de herrumbre, volver a turbar con nuevos ruidos el silencio que dejó allí la más formidable de las «débacles», una especie de Sedán económico de Francia, sería una locura que no cabe, sobre todo, en cerebros yanquis. Pero, todo puede ser.

Los días pasados, en casa del señor Medina, recorría yo las líneas que ha dedicado a la obra ístmica. Él hace primero, y antes de entrar en recuerdos y apreciaciones personales, una reseña ligera de las tentativas que, a través de los siglos, se han iniciado para unir los dos océanos. Tiene el buen gusto de no citar la previsión de Séneca: «aquí está la vasta puerta de dos mares» demasiado mellada por el uso que de ella se ha hecho cuantos han tenido que ocuparse en el asunto. Habla de los ingenieros del Renacimiento, que fueron a buscar oro de Cipango, y que señalaron varias rutas factibles. Refiriéndose a ellos, cuenta que M. de Lesseps le dijo un día: *Ils n'étaient pas fixés!* Él tampoco, el pobre grande hombre *n'était pas fixé!*...

—Vea V., me dice el señor Medina—mientras la

madera crepita en la chimenea de su «bureau» de diplomático, en la rue Boccador—; vea V. lo curioso que es ese proyecto de un antiguo español, Diego de Mercado, cuya relación se ha encontrado hace poco en los archivos de Sevilla: «Diego de Mercado no era un ingeniero; tampoco era un geógrafo. Él mismo dice modestamente a su soberano, Felipe III, que es «fabricante de pólvora, y antiguo soldado, a la sazón vecino desta ciudad de Santiago, de la provincia de Goathemala.» No obstante, sus descripciones son de una precisión admirable, y sus proyectos no carecen de buen sentido práctico. Principia Diego de Mercado por diseñar un cuadro muy completo de los puertos de San Juan al Norte y San Juan al Sur de Nicaragua; y explica en seguida la conformación del río San Juan y las muchas, pero no insuperables, dificultades que ofrece para la navegación a causa de sus arenas, sobre todo de sus raudales. Luego indica el trabajo que sería necesario hacer en él. Hace en seguida comparaciones entre los puertos de Panamá, Colón, San Juan del Norte y San Juan del Sur, y después de algunas descripciones prolijas y entusiastas, en las cuales el buen Diego de Mercado revela su alma de flamenco, hablando con más entusiasmo de los cereales que de las selvas vírgenes; después de un largo examen de las riquezas conocidas del suelo costarricense y de las riquezas y misteriosas y de la costa de Mosquitia, cuyo nombre primitivo de *Sierra del Oro* (Saguzgalpa), hace germinar en su imaginación ensueños de fortuna y de conquista, llega a su proyecto de canal y lo expone con sencillez y

claridad en páginas que muestran su gran deseo de ser útil a la humanidad y al rey. Diego de Mercado fué un hombre estudioso y perspicaz, de buena voluntad y de fe entera, que comprendió desde luego las grandes ventajas que la canalización de Nicaragua ofrecía a la navegación universal en cambio de un ligero sacrificio. El rey Don Felipe III, no obstante, debe de haber dado muy poco crédito a sus palabras, puesto que aun teniendo seguridad de que, según sus propias palabras, «los trabajadores llevarían la obra a cabo sin necesidad de pagarles salario alguno», dejó sin respuesta definitiva la proposición de su leal vasallo.

Antes habían ya hecho propuestas semejantes al emperador Carlos V, Hernán Cortés y Angel de Saavedra; el primero señalaba como utilizable el curso del Darien y creía hacedero el canal por Panamá, basado en los estudios hechos por Vasco Núñez de Balboa en 1513; Cortés optaba por Tehuantepec, y encargó de hacer los estudios a Gonzalo de Sandoval. Carlos V se encogió de hombros. Tenía otras cosas que intentar. Luego, un aventurero portugués, llamado Antonio Galvao, encontró hacedero el canal por cuatro vías diferentes: Nicaragua, el istmo de Méjico, Panamá, entre el golfo de Uraba y el golfo de San Miguel. Felipe II recibió los pedidos de López de Gomara para que llevase a la práctica la obra del canal. Mucho tiempo pasó sin que ningún paso importante se diese. El fundador del Banco de Inglaterra, William Patter-son, hizo que su rey aprobase un plan de colonización del Darien y de un canal por ese punto; aunque

la expedición se organizó, no pudo efectuarse. Después tenemos la iniciativa de Bolívar, que, naturalmente, encontraba muy factible la obra por el istmo panameño; el Libertador se ocupó en el asunto antes y después de la realización de sus sueños políticos.

La primera expedición científica fué en tiempo y por orden de Carlos III. «Dos ingenieros eminentes, dice el señor Medina, uno francés y otro español, Martín de la Bastide y Manuel Galistro, fueron a Panamá y a Nicaragua; examinaron el terreno, hicieron minuciosos sondeos y volvieron a Europa con un proyecto favorable a Nicaragua (y no a Panamá, como dicen algunos historiadores), según consta del *Abanico Geográfico* que Martín de la Bastide depositó en la Biblioteca Nacional de París en 1805, es decir, en el mismo año del nacimiento de Ferdinand de Lesseps.»

No pudo tener buena acogida el plan de esos dos ingenieros; el tiempo y el medio no estaban de su parte. Es el tiempo y el medio pintados y evocados magistralmente en ese *Enfant d'Austerlitz* que acaba de producir el genial poder de Paul Adam. Todo lo envolvía el soplo agitado de la Revolución, y luego el estruendo y la tempestad de las guerras imperiales. En cambio, a comienzos del siglo pasado, fueron legión los proyectos y tentativas. Los grandes países, hace notar el señor Medina, enviaban entonces comisiones tras comisiones, y los sabios iban personalmente a América. Es la época del barón de Humboldt, panamista, también en el buen sentido, *avant la lettre*. Por parte de Nicaragua estaban Crosman, Baily, Félix Belly, Chislds, Tay y

otros; y Tehuantepec tenía a varios, sobre todo norteamericanos, por interés de vecindad y, por tanto, de absorción. «El historiador D. Alejandro Marure refiere que un hijo de Nicaragua, el señor Manuel Antonio de la Cerda, jefe que fué después de aquel Estado, tuvo la gloria de ser el primer centro americano que promoviese (en Julio de 1823) el asunto del canal, y explica los motivos que le impidieron llegar a un resultado. El señor Cañas, ministro de Centro América en Wáshington, en un oficio dirigido al departamento de Estado, en 1825, propuso la cooperación de Centro América con los Estados Unidos para abrir el canal por la provincia de Nicaragua. Como consecuencia, el famoso Clay, entonces secretario de Estado, comunicó sus instrucciones a Williams, ministro de la Unión en Centro América, para hacer las investigaciones necesarias y aún se celebró un contrato para la construcción del canal, que adolecía de defectos consiguiéndose a la ignorancia en que por falta de estudios exactos, se estaba todavía sobre el costo y las necesidades de la obra.» Entonces fué cuando el gobierno centro-americano recurrió a Holanda. La política europea echó abajo las buenas intenciones de la compañía holandesa que se organizó. Centro América intentó de nuevo, esta vez con los Estados Unidos, en tiempo del presidente Jackson. Hace tiempo que se solicita la boca del lobo... Las negociaciones siguieron su curso hasta que, en 1853, el Senado adoptó una resolución excitando al presidente a abrir negociaciones al efecto de proteger por tratados a cualesquiera compañía o individuos que

acometiesen la construcción del canal, para los Estados Unidos lo mismo que para las demás naciones. En 1849, los Estados Unidos dieron dos buenos pasos a ambos lados del istmo: obtuvieron una concesión del ferrocarril de Panamá, y firmaron un tratado con Nicaragua para la apertura del canal. Inglaterra paró la oreja; y a propósito de los indios de la Mosquitia, celebró el famoso tratado de Clayton-Bulwer, tan llevado y traído en estos últimos tiempos.

En 1880, siendo presidente de Nicaragua el general Zavala, se firmó al contrato Cárdenas-Menocal, que quedó en nada. En 1884 firmó en Wáshington el ministro Zavala un tratado, «en virtud del cual los Estados Unidos se comprometan a construir el canal con acompañamiento de ferrocarriles y telégrafo, concediendo Nicaragua no sólo el territorio al efecto, sino una faja de dos y media millas inglesas de ancho en toda la longitud de la obra. La empresa sería virtualmente administrada por el gobierno americano quien entregaría al de Nicaragua una tercera parte de los productos netos.» Este tratado no obtuvo la ratificación del Senado americano; Cleveland lo retiró. Luego hubo otros arreglos y contratos que caducaron sin resultado ninguno.

Respecto a la tristemente célebre Compañía Universal del Canal de Panamá, el señor Medina es más explícito. «Tendré que tratarla, dice, con más detalles, por haber sido testigo presencial de los acontecimientos desde su origen hasta el fracaso definitivo.» Así, recuerda el primer Congreso científico que haya tratado del canal, en Amberes, el año de 1871,

de donde salió muy recomendado el proyecto por el Darien, entre los ríos Tuyra y Atrato, presentado por M. de Gogorza. En 1875 la cuestión fué tratada en el Congreso de Geografía de París. Se trató de la reunión de un Congreso internacional que decidirla. Ya Lesseps aparece; y luego el Sindicato que él apoyaría y que tuvo por presidente al general Türr. Conseguidos los capitales, la Comisión de estudio que debía dictaminar fué enviada. La Comisión partió para América en Noviembre del 76. Iba a bordo del vapor *Lafayette*, y entre sus miembros se contaban el ingeniero Reclus, el oficial italiano Bixio, Víctor Celler y seis ingenieros más, bajo las órdenes de Luciano Napoleón Bonaparte Wyse. Tocóle al señor Medina ir en ese vapor en tal ocasión. Varios de los miembros de la Comisión eran amigos personales suyos y hace memoria de sus impresiones.

Sabido es que en ese tratado se estipula que las partes contratantes se comprometen a no ejercer un contrato exclusivo sobre el canal, a no alzar fortificaciones en él, a no ejercer dominio alguno sobre Nicaragua, Costa Rica, la costa Mosquitia ni parte alguna de la América Central, ni directamente, ni por medio de alianzas o protectorados. Ya se sabe cómo es la política de los países anglosajones, y cómo saben interpretar, según el caso, sus tratados y sus doctrinas. El canal no pudo tampoco hacerse entonces. Luego fué la invasión filibustera de Walker. Si Walker triunfa, el canal estaría hace tiempo abierto. En el 63 los Estados Unidos, que ya tenían plantado el jalón del ferrocarril en Panamá, propusieron a Colombia la construcción del canal; tales

condiciones ponían, que Colombia no aceptó. «Se dice—agrega el señor Medina—que el príncipe Luis Napoleón estuvo en San Juan del Sur, y fué uno de los más entusiastas partidarios del canal por Nicaragua, aunque más tarde, dueño ya de un imperio, no hizo nada para llevar a la práctica la realización de sus ensueños juveniles.» En efecto, Napoleón III publicó un estudio sobre el canal de Nicaragua, muy meditado e importante, y del cual, ya en tiempos en que era emperador, se ocupó el Instituto de Francia. Pero la cosa no pasó a más. El señor Medina habría podido investigar y darnos a conocer algo de las relaciones estrechas que ligaron al monarca francés y al ministro nicaragüense Castellón.

«En nuestras largas conversaciones—cuenta el diplomático centroamericano—, los ingenieros y, especialmente, Bonaparte Wyse y Bixio, me hicieron ver la importancia decisiva de la misión que ellos llevaban, asegurándome que, una vez sus estudios terminados, la obra se ejecutaría sin demora, gracias al poderío y a la influencia de Lesseps, en quien la Europa toda había depositado una confianza ilimitada después de Suez. Yo lo creía también así, y, naturalmente, no dejé pasar una sola de las ocasiones que se me presentaron para influir en sus ánimos, haciéndoles ver las mil ventajas que Nicaragua ofrecía a la empresa; indicándoles la clemencia relativa del clima, la densidad de la población, superior a la de Panamá, la abundancia de maderas y víveres, etcétera. Tan pronto como terminaran sus estudios en el istmo y firmaran un contrato con el gobierno colombiano, tenían la idea de pasar a Nicaragua con

igual objeto. Así pensaban regresar a Europa con todos los elementos necesarios para que la resolución del Congreso pudiera darse con entera imparcialidad y perfecto conocimiento del asunto. Pero cuando Bonaparte Wyse regresó de Colombia y Nicaragua, resultó que sólo con el primero había celebrado contrato para la construcción del canal de Panamá. Esta era la situación cuando se reunió el Congreso internacional que debía resolver definitivamente el punto.» Aquí los recuerdos personales del señor Medina se precisan. «Reunióse el Congreso en París, y celebró sus sesiones en el hotel de la Sociedad de Geografía, en los días 15 a 29 de Mayo del año de 1879. El elemento extranjero en dicho Congreso se componía de 62 delegados, representantes de Alemania, Austria, Bélgica, China, España, Estados Unidos, Colombia, Gran Bretaña, Hawai, Holanda, Méjico, Noruega, Perú, Portugal, Rusia, Suecia y Suiza. En cuanto a las Repúblicas de Centro América, sólo estaban allí representadas: el Salvador, por el ilustrado publicista colombiano D. José María Torres Caicedo (con quien el señor Medina tuvo un duelo célebre); Costa Rica, por don Manuel M. Peralta. Yo representaba entonces a Guatemala. Además de estos delegados extranjeros, había en el Congreso más de ochenta representantes franceses, en su mayor parte ingenieros distinguidos y casi todos hombres de verdadero talento y de real sabiduría; pero que, habiendo sido hábilmente escogidos por M. de Lesseps, estaban dispuestos a apoyar sus planes y a formar siempre la mayoría necesaria al triunfo de su inquebrantable

voluntad. Para llevar a cabo metódicamente sus labores científicas, dividióse el Congreso en cinco Comisiones especiales, y a mí me tocó en suerte, a pesar de mis escasos méritos, ser el vicepresidente de la primera de ellas y de dirigir sus debates durante las ausencias del ilustre sabio francés M. Levasseur. Tratábase, ante todo, en el seno de esta Comisión de establecer, gracias a datos y cálculos estadísticos, los rendimientos probables del canal, para poder, desde luego, estar seguros de la equitativa relación que debía existir entre el capital empleado y los dividendos futuros. En este sentido traté siempre de inclinar los ánimos en favor de Nicaragua, basándome en cifras exactas, pues todos o casi todos los proyectos de apertura de la vía interoceánica por el Lago y el San Juan, marcaban la necesidad de un capital menor al que era indispensable para llevar a cabo la obra en el Darien, y, por lo mismo, ofrecían más probabilidades de ganancias para los accionistas. Esta cuestión era, en el fondo, una de las más importantes, y si mis ideas hubiesen prevalecido entonces, no hay duda de que la opinión pública hubiera ejercido una presión contra Panamá; pero el público no prestó gran interés a ese punto de detalle y dejó obrar a los hombres que, estando encargados de hacer los cálculos estadísticos, con una libertad hasta cierto punto fantástica, debían decidir en última instancia. Dispuesto M. de Lesseps a no aceptar a Nicaragua sino en último caso, pidió que los datos fueran calculados con toda la posible largueza, basándolos en el tráfico probable del porvenir, teniendo en cuenta el aumento gradual

que habría obtenido el comercio cosmopolita cuando el canal empezase a funcionar; es decir, estableciendo los cálculos según lo que ese aumento estaba llamado a producir en 1866. El tonelaje previsto fué de 7.250.000. A pesar de la elevación en tal cifra fué necesario subir el precio primitivamente fijado como derechos de tránsito del canal; y, aun con todo eso, apenas se llegaba a obtener los rendimientos indispensables para pagar los intereses del capital que se necesitaba invertir en la obra. No así adoptando el proyecto Menocal por Nicaragua, que revelaba una economía de 500.000.000, comparado con el presupuesto hecho para Panamá, por el ingeniero Ribourf.»

Las revelaciones del señor Medina son muchas y muy interesantes. Sería de desear que extendiese sus Memorias, que aumentase los detalles y diese a luz un verdadero libro que, de seguro, contendría datos curiosos, previsiones cumplidas y rasgos pintorescos. Recuerda el informe de Levasseur y los estudios de la cuarta Comisión del Congreso, compuesta de los más sabios ingenieros del universo, y que tenía que ocuparse de la parte técnica de los proyectos, que fueron muchos. Me llama grandemente la atención lo que rememora de una carta de M. Lucien Puydt y que leyó en una sesión el secretario de la Comisión. Era un eco anticipado de la catástrofe que debía venir, un anuncio del formidable «Panamá» que debía minar la base de la gloria del Gran Francés. En esa carta se decía que «M. de Lesseps se ocupa exclusivamente del éxito y del porvenir de la compañía civil, y que la cuestión de

la apertura del canal, desde el punto de vista del interés universal, queda regalada a un plan secundario, y su solución subordinada a la aceptación del proyecto de su protegido.»

Más, mucho más contienen las apuntes y la riquísima Memoria del señor Medina, respecto a los entretelones de la cuestión del canal, de asuntos técnicos y pasos diplomáticos, tanto en Europa como en los Estados Unidos. No dejaré de citar sus impresiones en las últimas sesiones de ese Congreso con M. de Lesseps. «La opinión extranjera, dice el señor Medina, se había pronunciado casi con unanimidad en favor de Nicaragua. Viendo esa presión desinteresada, M. de Lesseps se dirigió confidencialmente a mí y me dijo textualmente lo que sigue: «El sentimiento de la mayoría del Congreso parece pronunciarse en favor de Nicaragua; yo no tengo ningún interés personal en que se favorezca tal o cual vía, tanto más, cuanto que los gastos hechos por el Sindicato de exploración Türr y Wyse, pueden ser reembolsados por la compañía que se forme; pero sería necesario formalizar algunas bases de arreglo con el gobierno de Nicaragua, porque si el Congreso opta por el canal de Nicaragua y enviamos después un comisionado a tratar con aquel gobierno, sin arreglo previo de ningún género, las pretensiones serán tales que no habrá modo de hacer un contrato realizable. ¿Hay alguien aquí autorizado para hacer cualquier ofrecimiento en nombre de Nicaragua?» «Yo sabía desgraciadamente que no, y me limité a asegurar a M. de Lesseps, como amigo de Centro América, que Nicaragua compren-

dería demasiado sus intereses para demostrar la intransigencia que él tenía, y le insté para que dejara que el Congreso se pronunciase libremente; pero mis instancias, como las de otros, se estrellaron contra los temores de M. de Lesseps y contra la presión del Sindicato colombiano que trabajaba por que la decisión fuera enteramente favorable a sus proyectos.» Lesseps se decidió firmemente por Panamá. En la votación general la mayoría de los representantes extranjeros se abstuvo. Entonces resultaron 87 votos por Panamá, y sólo 8 por Nicaragua. El Gran Francés había triunfado...

Ahora es en los Estados Unidos. Se verá, por fin, cuál será la vía elegida por los yanquis, pues ellos son los que han de hacer práctico tanto proyecto. Por Panamá, o por Nicaragua o por ambas partes, ellos buscan que América sea para los americanos. O para la humanidad... que habla inglés.





IV

En almirante de la marina de Francia se quejaba los días pasados, en el Congreso, de las disposiciones del gobierno que suprimen a bordo de los barcos de la armada toda manifestación religiosa, desde luego la bandera con la cruz, que se izaba durante el sacrificio de la misa, y después, la misma misa... «No sé qué mal puede hacer a la marina francesa, decía el almirante, el signo y el nombre de Cristo, cuando en Francia casi todos son cristianos, y en una enorme mayoría, católicos.» Una vez puesta la atención en estos asuntos, la verdad que encontraréis es que el espíritu que anima a este país no es el de un pueblo ateo. Un espiritualismo histórico impregna la medula de la raza, y no es por cierto una seca filosofía lo que subsiste junto con la claridad tradicional al influjo lejano del ensueño celta. Aun

en la locura diluviar de la Revolución, la idea de la divinidad queda flotante. «Si no existiese Dios, dice un demoleedor, sería preciso inventarlo». Los hombres de la Enciclopedia, aun los osados como D'Alembert, confinan con la tolerancia. Toda la literatura clásica converge a una concepción déista.

Dieu laisse-t-il jamais ses enfants au besoin?, es la voz de Racine en *Atalia*; mientras Corneille deja el drama cristiano encarnado en toda su intensidad en su admirable *Poliuto*... A veces una explosión revela los ardientes elementos contenidos en el seno de la nación, las exasperaciones del fanatismo, el fermento de una creencia demasiado recelosa; según los tiempos, la complicación de causas se caracteriza, y así es el movimiento de las Cruzadas, la revocación del edicto de Nantes, la noche de San Bartolomé, y en nuestros lamentables tiempos el antisemitismo reforzado del veneno de políticas caseras. Mas un soplo religioso agita todas las florestas, pasa por todas las ciudades, y no está echada en el olvido la antigua divisa *Gesta Del per Francos*; la corona de los emperadores de Occidente fué colocada en la frente del gran Carlomagno por las manos de un Papa, y la ampolla de San Remy aún guarda en Reims el recuerdo de Juana de Arco... Son cosas que tiene en entredicho la república francmasona o pseudosocialista... No pertenece al reino de lo imposible que las palabras a Clovis sean repetidas más tarde a tantos fieros sicambros... No está destruída, ni con mucho, en esta Francia generosa, la savia de la conciencia religiosa. Hay unas frases de Tolstoï, que así dicen: «No ignoro que, si-

guiendo una opinión extendida en nuestro tiempo, la religión es un prejuicio del que la humanidad está ya libre, y resultará de esto que no existe en nuestro tiempo conciencia religiosa común a todos los hombres... Sé también que esta opinión pasa por ser la de las clases más ilustradas de nuestra sociedad. Los hombres que no quieren reconocer el verdadero sentido del cristianismo, inventando toda suerte de doctrinas filosóficas y estéticas para ocultar a sus propios ojos la sinrazón de su vida, esos hombres no pueden ser de otra opinión. Sinceramente o no, confunden la idea de un culto religioso, y, rechazando el culto, se imaginan rechazar con el mismo golpe a la conciencia religiosa. Pero todos esos ataques contra la religión, todas esas tentativas de establecer una filosofía contraria a la conciencia religiosa de nuestro tiempo, todo eso prueba bastante claramente la existencia de aquella conciencia, y que ella reprueba la vida de los hombres que la atacan y la contradicen. Si se determina en la humanidad un progreso, es decir, un paso hacia adelante, preciso es necesariamente que algo designe a los hombres la dirección que deben seguir en la marcha. Pues tal ha sido siempre el papel de las religiones. Toda la historia nos demuestra que el progreso de la humanidad se ha verificado siempre bajo la guía de una religión. Y como el progreso no se detiene, como su marcha ha de continuar durante mucho tiempo, mucho tiempo necesita también una religión propia.» Es lo que acontece en todas partes y en Francia en particular, revelado por signos que un día son las grullas de M. de Vogüé; otro,

las tendencias artísticas y literarias de una *élite*; otro, la palabra de tal o cual representante del espíritu universitario, como M. Brunetiere. A una inclinación exagerada, responden un enderezamiento y un impulso en ángulo igual. Veremos, quizá pronto, la contraparte de la ley de las Congregaciones. Tómese como ejemplo la ley Falloux, de cuya abrogación se trata en estos momentos.

En 1850, el ministro Falloux propuso la ley que lleva su nombre y que fué aceptada, en favor de la enseñanza primaria de las Congregaciones religiosas. En 1886, la ley de 30 de Octubre quitó los privilegios. Actualmente, el maestro de primaria religioso tiene los mismos grados que el institutor laico. Y la resultante es que, si en 1849, según la declaración del hermano Philippe ante la Comisión extraparlamentaria, los Hermanos de la Doctrina Cristiana, solamente, enseñaban unos 200.000 niños, y las Hermanas de la Caridad, cerca de 120.000 niñas, hoy las Congregaciones sostienen, según los mejores datos estadísticos, por lo menos 1.600.000 niños.

Acaba de ser juzgado en consejo de guerra el soldado Grasselin, del batallón de artillería, después del soldado Delsol—dos especies de «douxhobors», —influencia de Tolstoï en el medio del «pioupiou». No he de presentaros sino un fragmento del interrogatorio:

—«El 19 de Noviembre se os ha dado la misma orden; os habéis negado a ejecutarla. Pasan días y seguís con la misma actitud de oposición. Se os ha leído el Código penal cinco veces. Ruegos, amena-

zas, reprensiones, nada ha logrado vencer vuestra obstinación. ¿Por qué obráis así?

—»Jesucristo ha dicho: *No matarás*. Amaos los unos a los otros. Yo no he querido ser dañoso para nadie.

—»Abrir una culata no es dañar a nadie.

—»Más tarde se me habría dado un fusil; un fusil sirve para matar, como el hierro del arado sirve para cultivar la tierra.

—»En fin, no teníais que discutir; se os daba una orden.

—»Sobre mis superiores, que son hombres, está el Cristo.

—»Por último, ¿no queréis ir a la guerra?

—»No.

—»¿Aceptáis, al menos, someteros a la ley?

—»No para matar. Que se me ordene hacer otra cosa.

—»¿Haríais lo que se os mandó, abrir las culatas, ahora?

—»Querría prometer, pero no cumpliría. No podría cumplir. Esto no es insubordinación, es sumisión a mi conciencia.»

Esto no está tomado del «acta» de ningún mártir, no está en la Leyenda Dorada ni en los Bollandistas: está en los periódicos. Todo el mundo ha podido leerlo. Muchos se han encogido de hombros, y han creído que esos dos casos son simplemente casos-clínicos. Esos dos soldados que toman al pie de la letra los mandamientos de Jesucristo no son irresponsables, puesto que han sido condenados... y son ciertamente significativos.

La aristocracia francesa y la alta burguesía no son anticristianos. Es la república la que—y esto no siempre—ha sido hostil a las creencias nacionales. Y aun en la república no ha habido gobiernos antirreligiosos, sino ministerios antirreligiosos. La Revolución ha sido, según el P. Delaporte, «este acto de felonía de la Francia oficial para con el Hombre-Dios.»

Este activo sacerdote lleva a un plan decisivo su concepción de la salud de la patria. «Dos perspectivas se ofrecen a nosotros: una, la de la vuelta de las naciones a la aceptación de la soberanía de Dios; otra, la de la potencia que se disfraza con nombres diversos: revolución, ciencia, estado laico, soberanía del sufragio universal. Lo que hay que hacer es restablecer el orden verdadero. El orden verdadero es la preeminencia de la sociedad religiosa, la sola absolutamente esencial.»

Es el lenguaje de un bravo sectario. «¡Leed, re-leed el Evangelio!—dicen otros.—El Evangelio está descuidado aún en los colegios de enseñanza religiosa, en los seminarios; hay que volver a él y dejarse guiar por él.» Así lo ha hecho M. François Coppée; y el otro día le he visto, por el jardín del Luxemburgo, muy contento y rejuvenecido... Antes, uno de los personajes de su drama *Pour la couronne*, certifica el bien de tales fuentes:

—Qui t'a rendu si bon?
Ma mère et l'Évangile.

El evangelismo no está ausente en la literatura
244

contemporánea más en boga. ¿Quién diría que un tan fino inmoralista como Paul Bourget lo predica discretamente? Cristo ha sido y continúa siendo una preocupación de los intelectuales y de los socialistas, así se le considere como un simple cartel, como dice *Severini* con demasiado oratorio irrespeto: «El tribuno pálido, clavado, como el primer *affiche* socialista, sobre el madero del Gólgota.» Jules Guesde declaraba en una sesión del Congreso, la del 19 de Febrero de 1794: «Estamos obligados a dejar constancia de que hay en esta asamblea, al menos un miembro, el abate Lemire, que representa el Evangelio del Cristo, ante el cual se inclinan hoy los socialistas.» Los anarquistas mismos, si cuentan con elegantes blasfemos como M. Tailhad, tienen poetas que no desdeñan nombrar al Divino Libertario en versos como éstos:

Puisque le Christ, le sang, les pleurs
Tyrans! no'ont pu former vos cœurs
Aux sentiments de la Colombe:
Gare la bombe!

Cuando llega la Cuaresma, los diarios suelen presentar muestras de literatura fervorosa, a propósito de los oradores sagrados. Los conferencistas como monsieur Brunetiere, son casi considerados como apóstoles; y lo cierto es que muchas de sus conferencias tienen el arte y el tono de los mejores sermones y homilias. Y con Brunetiere, otros cuantos severos y respetables varones. Para mí todo eso no vale en piedad y fe verdaderas una plegaria del Verlaine de *Sagesse*.

Á través de los últimos salones se ha visto también el arte preocupado de religiosidad. Después de las grandes «machines» de Munckassy, nada ha causado tanto ruido como las reconstituciones de Tissot. Las profanaciones de Juan Beraud no dejan de ser también señal de una idea en marcha. Hasta los pintores mundanos se han sentido influidos, y M. Carolus Duran tiene su Calvario, como el museo de cera Grevin tiene su pasión en tiempos de Semana Santa.

Al dar cuenta del Salón del Champ de Mars, en 1894, hacía notar M. Turquet: «Llama la atención el número de cuadros religiosos. Los unos son puramente religiosos y representan escenas de la historia cristiana; los otros, inspirados por un profundo sentimiento religioso, reproducen escenas de la vida moderna.

Los que piensan, se preguntarán lo que quiere decir ese movimiento en el mundo de los artistas, y ese renuevo en un arte que los escépticos se felicitaban de ver desaparecer. Eso no es sin motivo; y corresponde evidentemente a un nuevo estado de alma en la nación. No solamente los cuadros religiosos y los que están impregnados de sentimiento religioso son numerosos, sino que atraen a los visitantes. He querido darme cuenta de la impresión producida, y he escuchado a menudo las observaciones hechas. Rara vez he oído reír; raramente he visto burlarse. Es un signo del tiempo, que deben tomar en cuenta los que quieren gobernar el país.» Hay que apartar del movimiento religioso las comedias del diletantismo, las misas wagnerianas y el

preciosísimo decorativo de un misticismo literario completamente superficial. Mas los casos de recogimiento, las victorias morales como la de Huysmans, son, sí, de atraer al observador. La Samaritana de M. Rostand frecuenta demasiado la calle de la Paix, como la María Magdalena de M. Massenet; pero los frescos de Besnard dicen demasiado, y en tales monasterios de París, un núcleo de creyentes artistas oye aún el verdadero canto de la música antigua que dice cosas de Dios, y se oyen flautas angélicas como en los versos de Schiller:

Sie flöten so stis,
Wie Stimmen der Engel im Paradies..

La provincia está llena de religiosidad, desde la clara Provenza hasta la negra Bretaña. Las pinturas realistas hechas con el talento que distingue al conde Austin de Croze, no son completamente imparciales. M. de Croze es un enemigo declarado del clericalismo. Mas tanto en la provincia como en el centro, la verdadera levadura religiosa no debe ser confundida con la obra de una política que tiene muy poco de evangélica. La Francia cristianísima, lo es, a pesar de los errores comprometedores de los sectarios y de las campañas ruidosas de un clero harto combatido.

Suelo penetrar en los templos—Saint Severin, Notre Dame, Saint Eustache—lejos de la devoción elegante y ostentosa—, y allí veo, siempre, muchas buenas almas francesas, con humildad, en silencio, haciendo una cosa muy sencilla e inmensa, que se creería que ya no se hace, y menos en París,—orando.